

Una ayuda para adherir (I)

La tradición

Don Luigi Giussani, El sentido Religioso, Capítulo IV, párrafo 4

a) Entre los aspectos de la vida que deben ser objeto de nuestro compromiso con la existencia entera, quiero resaltar rápidamente uno esencial. Uno que está normalmente descuidado, olvidado, al menos como objeto del que tomar conciencia, o bien muy maltratado y alterado en su valor: es la *tradición*.

Este factor de la vida está fuertemente conectado con el problema religioso. En efecto, el valor religioso unifica pasado, presente y futuro, y, cuando es auténtico, es profundamente amigo de apreciar todo matiz del pasado, al igual que predispone a asumir cualquier riesgo ante el futuro, y en el presente es indómito, insomne y vigilante, según la expresión del Evangelio⁵.

Cada uno de nosotros nace en una tradición. La naturaleza nos arroja dentro de la dinámica de la existencia pertrechándonos con un instrumento complejo para afrontar el ambiente. Cada hombre hace frente a la realidad circunstante dotado por naturaleza de elementos que descubre que lleva consigo como algo que le ha sido dado, regalado. La tradición es esa dote compleja de la que la naturaleza provee a nuestra persona.

No para que nos fosilicemos en ella, sino para que desarrollemos -hasta incluso cambiarlo, y profundamente- aquello que se nos ha dado.

Pero para cambiar lo que se nos ha dado tenemos que obrar en principio «con» eso mismo que se nos ha dado, debemos usarlo. Sólo basándome en los valores y la riqueza que he recibido puedo, a mi vez, llegar a ser *creativo*, capaz de desarrollar lo que me he encontrado entre las manos; y, lo que es más, sólo basándome en los valores y la riqueza que se me han dado, puedo yo cambiar incluso radicalmente su significado y su orientación.

La tradición es como una hipótesis de trabajo con la que la naturaleza nos pone a operar en la gran cantera de la vida y de la historia. Sólo si usamos esta hipótesis de trabajo podemos comenzar a intervenir, no ya a tientas, sino con razones, con proyectos e imágenes críticas sobre el ambiente y, por consiguiente, también sobre ese factor extremadamente interesante del ambiente que somos nosotros mismos.

En esto consiste, por tanto, la urgencia de ser leales con la tradición: lo exige el compromiso global con la existencia.

Cuando un hombre crece en la vida con su tradición entre las manos, pero la abandona antes de haberla utilizado con lealtad y a fondo, antes de haberla probado verdaderamente, esa actitud respecto a un instrumento tan original de la naturaleza denuncia una postura desleal con los demás aspectos de la vida, pero sobre todo consigo mismo y con su propio destino. Pues, para que la lealtad con la tradición pueda practicarse como hipótesis de trabajo realmente operante, es necesario que la riqueza tradicional se aplique a la problemática de la vida a través del tamiz crítico de lo que, en nuestra primera premisa, hemos llamado experiencia elemental.

En caso contrario -es decir, si se omite ese examen crítico- el sujeto, o se queda alienado y fosilizado en la tradición o, entregado a la violencia del ambiente, terminará por abandonarla. Es lo que sucede en la conciencia religiosa de la mayoría: la violencia del ambiente decide por ellos.

Insisto: usar críticamente este factor de la vida no significa poner en duda sus valores -aunque así lo sugiera la mentalidad corriente- sino que significa utilizar esa riquísima hipótesis de trabajo a través del tamiz de un *principio crítico* que está dentro de nosotros, que es innato, porque se nos ha dado originariamente: la

⁵ Cf. Lc 21,36.

experiencia elemental. Si la tradición se usa críticamente, por tanto, se convierte en factor de personalidad, en material para obtener un rostro específico, una identidad en el mundo. Decía Goethe: -Was du ererbst von deinen Vatern hast, / erwirb es, um es zu besitzen!- (= lo que heredaste de tus padres, vuelve a ganártelo, para poseerlo)⁶.

b) Un segundo aspecto fundamental del compromiso del yo, para poder descubrir los factores de que está constituido, es el valor del *presente*.

Partir del presente es inevitable. Cuando sumergimos nuestra mirada en el pasado, lejano o cercano, ¿de dónde se parte? Del presente. Para aventurarnos en arriesgadas imaginaciones del futuro, ¿de dónde tomamos impulso? Del presente.

Este presente casi imperceptible, que desde cierto punto de vista no parece nada a nuestros ojos, un simple instante, si lo sopesamos con más detenimiento se muestra cargado con la riqueza de todo lo que nos ha precedido. En la medida en que yo soy yo mismo, estoy lleno de todo aquello que me ha precedido. Santo Tomás de Aquino decía que «anima est quodammodo omnia»⁷: «El espíritu del hombre es de algún modo todas las cosas». Uno es más persona, más humano, cuanto más abraza y vive en el instante presente todo lo que le ha precedido y le rodea.

El presente es siempre *una acción*, no obstante toda la indolencia, el cansancio y la distracción posible de su protagonista. Una de las frases verdaderamente revolucionarias que dictaron las primeras manifestaciones de la contestación del 68 quedó escrita en los muros de la Sorbona de París: «De la présence, seulement de la présence»; frase que, leída en su verdadero alcance, no indica la mera actualidad del instante, sino que sugiere con el sustantivo «presencia» todo el dinamismo que late en el instante y que proviene, como «material», del pasado y, en cuanto iniciativa misteriosa, de la libertad. El presente es, en efecto, el lugar enigmático y espléndido al mismo tiempo de la libertad, esa energía que manipula el contenido del pasado desprendiendo una creatividad responsable.

El hombre, como decíamos, para entender los factores de los que está constituido tiene que partir del *presente*. Sería un grave error de perspectiva partir del pasado para conocer el presente del hombre. Si para indagar, por ejemplo, sobre lo que puede ser mi experiencia religiosa yo me dijera: «Estudemos la historia de las religiones, analicemos las formas primitivas de religiosidad: de este modo podré identificar los verdaderos factores de la experiencia religiosa», semejante intento de partir del pasado significaría fatalmente caer en una imagen «presente» del pasado, corriendo el riesgo de identificar a éste con una concepción fabricada hoy. Sólo frente a la conciencia de mi presente me resulta posible tomar nota de los elementos y la dinámica naturales de la fisonomía humana, y de este modo identificarlos también en el pasado.

Si comprendo *ahora* los factores de mi experiencia como hombre, puedo proyectarme en el pasado y reconocer esos mismos factores tal como se pueden ver en las páginas de Homero o de los filósofos de Elea, de Platón, Virgilio o Dante, y esto me confirmará la gran unidad de la estirpe humana y se convertirá realmente en experiencia de cómo la civilización crece y se enriquece. Entonces, una vez que haya partido del presente para sorprender los valores que constituyen la experiencia humana, el estudio del pasado iluminará cada vez más la visión que tengo de mí mismo. Pero antes de acceder al enigma del pasado debo tener entre las manos, aunque sea solamente apuntados, los factores luminosos de mi personalidad presente.

⁶ Cf. J. W. Goethe, *Fausto*, w. 682-683 Planeta, Barcelona 1996, p. 23.

⁷ Santo Tomás, «De Veritate», en *Summa Theologiae*, I, q. 14, art. 1; I, q. 16, art. 3. En estos pasajes santo Tomás cita y comenta la definición de Aristóteles, *III De anima*, c. 8, lect. 13.